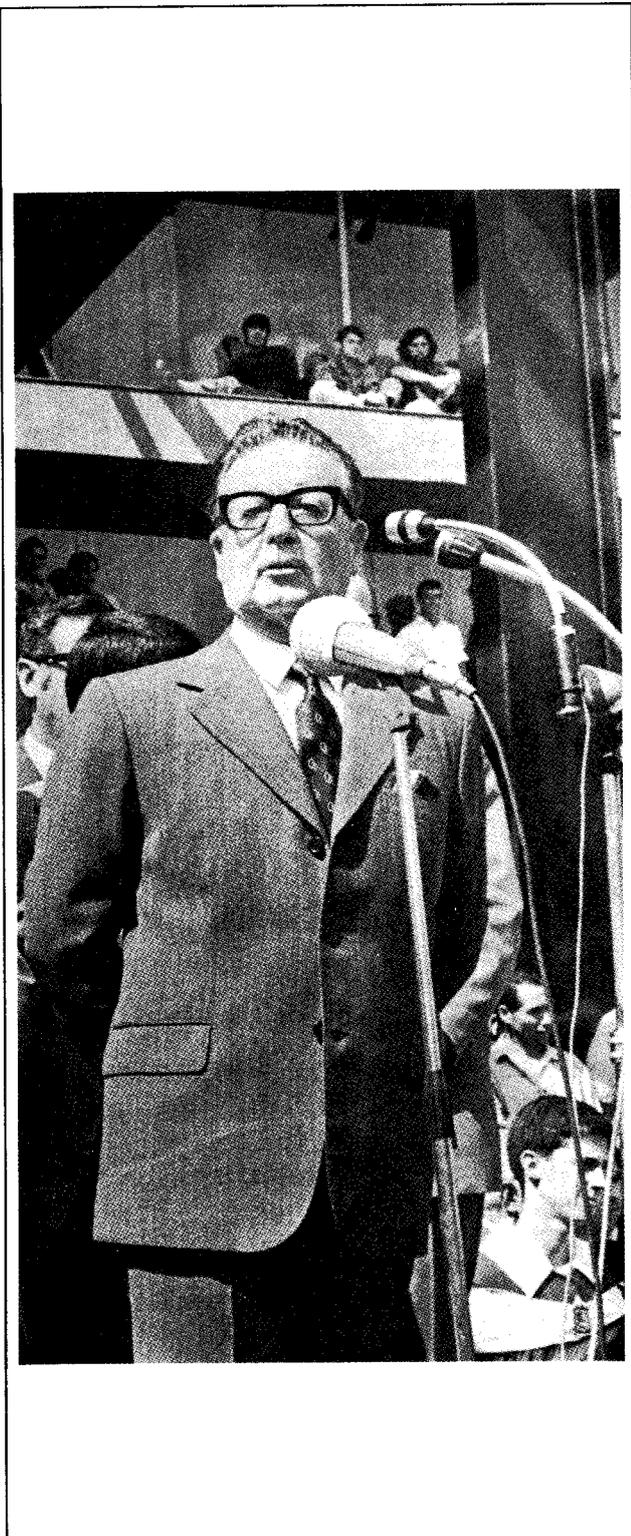


SOCIALISMO Y ALLENDISMO



Socialismo, democracia y nación.

Salvador Allende se formó en las filas de un partido que él mismo valoró como "*hogar, escuela y trinchera*";¹ y de él nutrió su pensamiento marxista crítico, nacional-popular democrático, revolucionario, latino-americano y autónomo.

Con ese marco teórico y en esas tradiciones, Allende, con su pensamiento y acción, enriqueció el ideario socialista, al afianzar las convicciones democráticas contenidas en el *Programa de 1947*, relegado notoriamente por el oleaje guerrillero desatado en América Latina por la Revolución Cubana.

Allende sin ocultar su admiración y solidaridad con la gesta cubana, tuvo el coraje político y moral de no sucumbir en ese clima y fue capaz de reivindicar la singularidad chilena sobre la cual concibió un camino original: *La vía chilena al socialismo en democracia, pluralismo y libertad.*

En el seno del PSCH, los estados febriles culminaron con el congreso de Chillán de 1967, donde el verbalismo desbordó toda medida: se canceló la vía electoral y se privilegió la vía armada, sin realizar ese "análisis concreto de la situación concreta", que exige la teoría política y menos aún: el sentido común.

Allende guardó calma y esperó que los porfiados hechos salieran al encuentro de los desvaríos ideologizantes y, opuso a tales fantasías, *un proyecto político elaborado desde la historia de Chile*, que pronto se abrió paso, no sólo en el PSCH, sino también en el conjunto de la izquierda: *la vía chilena al socialismo*, cuyas ideas esenciales fueron expuestas con brillo en el primer mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971. "Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.

Este desafío despierta vivo interés más allá de las



fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro, en la medida que seamos los chilenos conscientes de las empresa. Algunos entre nosotros, los menos quizá, sólo ven las enormes dificultades de la tarea. Otros, los más, buscamos la posibilidad de enfrentarla con éxito. Por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesaria para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario". (...)

"Aquí estoy para incitarlos a la hazaña de reconstruir la nación chilena tal como la soñamos. Un Chile en que todos los niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en que la capacidad creadora de cada hombre y de cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino en favor de una vida mejor para todos.

Cumplir estas aspiraciones supone un largo camino y enormes esfuerzos de todos los chilenos. Supone, además, como requisito previo fundamental, que podamos establecer los cauces institucionales de la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad. La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía

por un terreno desconocido; apenas teniendo como bújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas -particularmente al humanismo marxista- y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno." (...)

"Nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones. Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre. No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista.

Sólo podremos cumplirlo a condición de no desbordar ni alejarnos de nuestra tarea. Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que exceda nuestras posibilidades, también fracasaríamos.

Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo, que sabe el imperativo in-

eludible de vencer el atraso y siente al régimen socialista como el único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruirse racionalmente en libertad, autonomía y dignidad. Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana".(...)

El gobierno popular sabe que la superación de un período histórico está determinada por factores sociales y económicos que ese mismo período ha conformado previamente. Ellos encuadran los agentes y modalidades del cambio histórico. Desconocerlo sería ir contra la naturaleza de las cosas".²

Allende, conocía bien los resultados de la concentración autoritaria del poder y la necesidad de conservar y profundizar la democracia como la única manera de realizar el socialismo; rechazaba por los tanto *toda dictadura* y aspiraba a concertar a la *mayoría de la nación*, para impulsar las transformaciones revolucionarias hacia el socialismo.

Cuando la periodista Erika Vexler, le preguntó: ¿A cuál de sus contemporáneos le quitaría la palabra si estuviera en sus manos hacerlo?, respondió categóricamente:

*"No se la quitaría a nadie. Más aún: a algunos les instaría que hablaran más..."*³

La periodista insistió: "Lenin no era partidario de la libertad de prensa..."

"Lenin vivió y actuó en Rusia en 1917. Yo vivo y actúo en Chile en 1970. Soy partidario de la libertad de información practicada por periodistas".

Aquella declaración de 1964, la reiteró en 1971 ante el Congreso Nacional, comprometiendo la palabra del Presidente de la República:

"Soy enfático en subrayar que las libertades políticas de la oposición democrática deben ser efectivas. Así he concebido siempre la evolución hacia el socialismo".⁴

Allende, si bien buscaba afianzar el poder revolucionario para realizar su programa de transformaciones estructurales, pensaba en la continuidad de la obra socialista sobre la base del consenso ciudadano y no en la conocida captura del poder para el fin de los siglos sin someter al gobierno al juicio de los gobernados.

Era obvio que deseaba la continuidad del Gobierno Popular, pero sobre la base del sufragio libremente expresado de acuerdo a los tiempos constitucionales:

"Al término de un mandato, el pueblo será tan libre como lo fue el 4 de septiembre de este año para elegir un nuevo presidente, socialista, no socialista o anti-socialista. Habrá elecciones universales, secretas y democráticas".⁵

La vía chilena expresaba una *concepción democrática del socialismo*, situada en las antipodas del socialismo autoritario y monocolor; por el contrario, sostuvo Allende, en esa misma oportunidad: *"Queremos más democracia para que coexistan todas las ideas"*.

En diálogo con la prensa argentina, dijo:

"Respetaremos -no por condescendencia, sino porque es un derecho alcanzado por el pueblo-, la libertad de prensa, de opinión, de pensamiento. Son las libertades esenciales que garantizan nuestra Constitución. Ganamos elecciones y no perdimos la cabeza; perdimos elecciones y no hemos perdido la cabeza. Las próximas, las vamos a ganar si acaso hacemos lo que hemos prometido, si elevamos la conciencia del pueblo y de las masas populares".

Para Allende, la vía chilena no era una coartada táctica que permitiera la "acumulación de fuerzas" para dar paso a una dictadura proletaria: "Mientras yo



sea presidente, subrayó en varias ocasiones, no habrá dictadura del proletariado en Chile.⁷

Al respecto es muy ilustrativo el reconocimiento que hace Luis Corvalán, Secretario General del *Partido Comunista de Chile*, de sus diferencias teóricas e ideológicas con Salvador Allende, cuya búsqueda de una vía democrática hacia el socialismo fue sólo compartida tácticamente sin abandonar la estrategia hacia la *dictadura del proletariado*,⁸ como ya lo señalamos en el curso de este libro.

"Las revoluciones, decía, tendrán características propias en cada país, ya que en los pueblos de América Latina existen distintas etapas de desarrollo. Pero, siendo nacionales, esas revoluciones tienen que proyectarse en el ámbito continental. Deben ser revoluciones humanas, en el sentido del respeto a la dignidad individual y colectiva, democrática, o sea, *que expresen el sentimiento mayoritario*".⁸

Una vez más subraya el carácter democrático y por lo tanto mayoritario de las acciones revolucionarias que deberían resguardar los derechos humanos, individuales y colectivos.

Para Allende, el socialismo se planteaba como una *estrategia de desarrollo nacional*, era la posibilidad para poner en tensión las fuerzas productivas, optimizar los recursos humanos, mejorar sustancialmente la calidad de la vida, desplegar las potencialidades del genio del pueblo y, afianzar la soberanía en relaciones dignas con todas las naciones del orbe.

Con esta perspectiva, situó el proyecto revolucionario en la *continuidad de la historia nacional*, asumiendo la herencia, constructiva desde los padres de la patria hasta los efectivos logros de los gobiernos más recientes.

La ingenua idea de algunos, que la historia de una nación comienza con los revolucionarios, era extraña a un líder que tenía tan profundo sentido de la historia y perfecta conciencia de su misión en esa historia.

Cuando agitaba en sus manos la bandera de Chile, lo hacía con la firme convicción que la historia le brindaba la oportunidad de realizar el proyecto nacional inconcluso de Chile y que relevaba en su tarea a O'Higgins, Balmaceda, y Aguirre Cerda y a todos los que en el pasado representaron las corrientes progresistas en la sociedad chilena.

En ese filón nacional y popular, Allende cultivó un sincero patriotismo; fuerza moral que estimuló su lucha más allá de todos los sacrificios:

"Creemos en el pueblo, tenemos fe en Chile, decía, y por eso llamamos, desde esta tribuna, a las fuerzas morales no comprometidas que alientan el ansia infinita de terminar con el retraso y el marasmo en que hemos vivido. Llamamos a los que tienen fe en el pueblo y en su capacidad creadora, a los que no temen a la historia, a los que son capaces de mirar el porvenir. Llamamos al pueblo porque con su acción puede borrar el drama brutal en que viven millones de nuestros compatriotas.

Luchamos con pasión de chilenos por hacer de Chile un país distinto, donde haya una moral diferente, donde los hombres y las mujeres no sean sólo gente

que transita sobre la misma tierra, azotada por el mismo viento, mojada por la misma lluvia. Queremos hacer de Chile un país integrado en su economía, un país en desarrollo creciente, un país con vitalidad. Queremos recuperar para la patria el sitio señero que tuvo años atrás. Queremos que el hombre de nuestro suelo sienta orgullo y satisfacción de ser chileno.

Tenemos profundo, hondo sentido nacional. No jugamos con el contenido de las palabras. Ellas tienen la fuerza de convicción que emana de nuestra vida, pues siempre hemos estado en la misma línea. Por eso, con estatura y moral, reivindicó para lo que represento el derecho a decir que somos quienes queremos más a Chile y luchamos más por la patria".¹⁰

"Allende -explica Ricardo Núñez- forjó su personalidad política en el seno de la institucionalidad chilena. En ella descubrió la aptitud suficiente para autogenerar las transformaciones que harían posible la sustitución del sistema capitalista, sin un quiebre del funcionamiento de la sociedad y la economía.

Ese tránsito nacional, *esa vía chilena al socialismo*, que se factibiliza en una política legal de consenso, que recusa la violencia y la presión, que, lejos de cancelar, conserva y desarrolla las conquistas civiles del sistema que se sustituye, en especial respecto a las libertades individuales y a los derechos del hombre, reconoce la democracia no como un estatuto permisivo de una clase, sino como un logro del progreso de la humanidad, como un valor estratégico, irreversible e irrenunciable.

Esta concepción constituye un aporte formidable al pensamiento revolucionario contemporáneo y no fue invalidado por el desenlace trágico que la experiencia de la Unidad Popular.

La Constitución y la Ley que se había comprometido a respetar como jefe supremo del Estado, eran el símbolo de la democracia, pero, a la vez, constituían el marco preciso de aquel segundo modelo de tránsito al socialismo, en cuya legitimidad moral y revolucionaria había puesto su fe.

Allende no muere en un "bunker", muere en La Moneda, símbolo del poder constitucional".(...)

(...) Su más grande mérito -prosigue-, es haber hecho de su acción política, un testimonio vital de la necesidad de compatibilizar, práctica y teóricamente, **la democracia y el socialismo**, entendiendo que éste es inimaginable sin aquélla, y que la democracia sólo puede alcanzar la plenitud de su contenido humano, precisamente en el socialismo.

La alternativa que Allende explora como gobernante, se vino elaborando en la afanosa percepción de una realidad nacional singular, que incorpora a las estructuras económicas de un país subdesarrollado, dimensiones políticas y sociales que no se daban en otras latitudes del mundo.

Allende asume el mando de la Nación, creyendo en esa segunda vía, que no busca referentes en las experiencias históricas en las cuales se ha construido, hasta hoy, el socialismo y que intenta aprehenderlo en la ampliación de la democracia, en la reservación irrestricta de la libertad, en el respeto del pluralismo político;

como una componente intransable, y en la participación plena y objetiva de las grandes mayorías".¹¹

Estaba lejos Allende de la concepción taticista de la democracia de cierta izquierda, tenaz para exigir espacio en el orden burgués e inflexible más tarde para monopolizar el poder en nombre de los oprimidos y de su destino profético.

"Comprendemos los socialistas, subrayaba, que es básico y elemental defender la democracia, no sólo como instrumento, sino como armazón o estructura de nuestra vida nacional".¹²

Apenas es necesario decir que Allende no limitaba la concepción de la democracia a las formalidades jurídicas; compartía la crítica socialista al formalismo que alude las contradicciones sociales; pero también se negaba a sacrificar la libertad en horas de las reivindicaciones sociales en la línea trazada por el programa socialista de 1947.¹²

El socialismo postulado por Allende no buscaba la estatización de la sociedad sino una rectoría estatal responsable de planificar las grandes líneas del desarrollo y de controlar los renglones estratégicos de la economía. En esta concepción quedaba un ancho espacio para la iniciativa privada, incluida la inversión extranjera, con fronteras para proteger los intereses superiores de la nación.

Allende tenía clara conciencia de las enormes dificultades que plantea la gestión económica del Estado con sus vicios de ineficiencia y corrupción que configuran una conducta verdaderamente "patronal".

"Cuando el fisco es patrón decía, y no cumple la ley, no puede exigir a los patronos particulares que lo hagan. Le faltaría la autoridad moral para exigir que otro cumplan lo que el no cumple cuando tiene la obligación de hacerlo. El Gobierno tiene que dar el ejemplo".¹⁴

Identidad socialista

Allende fue un tenaz forjador de la *unidad de los trabajadores*, como condición necesaria para construir un vasto bloque social de realizar el proyecto inconcluso de la nación chilena.

Tal vez ningún otro dirigente socialista dio un aporte tan efectivo a la concertación de la izquierda; pero jamás ocultó el rostro de sus concepciones, como lo hicieron siempre los grandes conductores del socialismo chileno: Schnake, González, Ampuero, Rodríguez y Corbalán.

En la búsqueda de la unidad, despreció los sectarismo y los chauvinismos partidarios; se esmeró siempre en poner el acento en los factores de unidad por sobre las discrepancias.

Sin embargo, Allende no aceptó jamás que, en nombre de la unidad, alguna presunta vanguardia predestinada, instrumentara a sus aliados para su propia concepción mesiánica de la redención y por lo tanto no ocultó su identidad socialista democrática, libertaria y autónoma. ¿Qué sentido puede tener la existencia de un partido que calla para no disgustar a un

aliado cuya teoría, ideología y política es notoriamente diferente?

Allende, forjador unitario, no olvidó jamás que era portador de un ideario que debía sostenerse con toda la fuerza de sus convicciones:

"Hay entre el *Partido Socialista* y el *Partido Comunista* subrayada una evidente y clara distinción de su origen y que se proyecta a lo largo de toda su acción en el campo internacional".¹⁵

Sobre la misma idea, había dicho años antes en el Senado:

"Jamás nosotros, decía, aceptaríamos la presencia del *Partido Comunista* si ello significara, de parte nuestra, hipotecar nuestro derecho a criticar, a analizar, a desmenuzar la política internacional de la Unión Soviética. Si los comunistas chilenos están de acuerdo con algunos puntos de esa política, o no lo están, es problema de ellos; pero nunca ese problema se ha proyectado en nuestra relaciones y jamás han puesto como condición para mantener ese entendimiento el que nosotros opinemos de esta u otra manera en el aspecto *internacional o nacional*".¹⁶

Esta defensa de la *identidad socialista*, no fue obstáculo para concretar acciones con los comunistas y se diferenció, nítidamente, del *anti-comunismo*, cuya crítica no se plantea desde el socialismo sino desde la defensa de seculares intereses reaccionarios.

En 1948 se solidarizó con la rebeldía yugoeslava ante las pretensiones hegemónicas de Stalin y en 1965, visitó a Tito a quien reiteró su convicción que los pueblos son libres para inventar y construir el tipo de socialismo que mejor corresponda a sus circunstancias históricas y culturales.

En 1956, rechazó con energía el aplastamiento de la rebelión húngara por tropas soviéticas. Cuando las tropas del Pacto de Varsovia acabaron con la llamada "Primavera de Praga", movimiento encaminado a instaurar un socialismo democrático, alzó su voz en el Senado para condenar estos hechos:

"Afirmamos rotundamente dijo, que cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas".¹⁷

Allende tenía en la memoria la tajante sentencia clásica:

"El *proletariado triunfante* no puede imponer a ningún pueblo ajeno su felicidad, sin minar con ello su propio triunfo".¹⁸

Por otra parte, como la historia se ha encargado de esclarecerlo, en esos países *no estaban en peligro las conquistas sociales, sino los privilegios y la arrogancia de oligarquías burocráticas* y en pleno ascenso una enérgica rectificación socialista de inspiración democrática y autónoma.¹⁹

Al llegar a Chile los ecos del *conflicto chino-soviético* y los correspondientes alineamientos, Allende fue requerido a pronunciarse. Su lapidaria respuesta cortó de cuajo el interrogatorio de un periodista:

"No somos colonos mentales de nadie..."²⁰

Estas y otras referencias semejantes son demostraciones bien concluyentes de la diáfana claridad con que Allende *defendió la identidad socialista* rechazando

do la falsa alternativa que supone al servicio del "enemigo" toda discrepancia en el seno de la izquierda, al interior del país y toda crítica al socialismo real en el plano internacional.

Apenas es necesario decir, por que es bien conocido, que Allende valoró el significado histórico del socialismo real en la promoción de la justicia social y la paz en el mundo; lo que se sabe poco, por que se ha ocultado en "aras de la unidad", es su crítica *desde la identidad socialista*, aspecto fundamental que nos proponemos reivindicar en tiempos donde hasta se ha propuesto la fusión de la izquierda en una sola vanguardia, relevando la operatividad de una dirección única sin esclarecer los objetivos políticos de esa vanguardia.

La idea de constitución de una vanguardia se fundamenta de un parte, en la necesidad de superar la dispersión direccional que se puso en evidencia durante el gobierno de la Unidad Popular, y de otra, en una supuesta "evolución" del socialismo chileno, desde sus orígenes, "populistas y socializantes", hacia "consecuentes posiciones revolucionarias". En este proceso, en que la vida va separando "la paja del grano", se dice, van confluendo corrientes de origen diverso, hasta "devenir en una orgánica común".

Llama la atención que en esta teorización hacia la "constitución de las vanguardias en la Revolución Latinoamericana", virtual esfuerzo de ingeniería política tras un arquetipo organizativo de inspiración leninista, no se mencione para nada la *problemática ideológica* situada detrás de la "dispersión", ni se esclarezca en base a qué *proyecto de sociedad* se busca construir el instrumento partidario, pasando por alto la *funcionalidad que* siempre media entre ambos. Se pondera la eficacia de éste ingenio para conquistar el poder pero nada se dice sobre los que se piensa hacer con el poder; más aún, se critica a "las organizaciones revolucionarias que tienden a exagerar las discrepancias".

Apenas es necesario decir que nada sería más deseable que la concertación entre las diversas fuerzas políticas propulsoras de cambios moderados o radicales de las estructuras sociales vigentes en América Latina y el destierro de sectarismos y arrogancias que han conducido a tragedias como la que acabó con la revolución en Granada; los arreglos sangrientos de cuentas entre los revolucionarios salvadoreños o colombianos o la pulverización extrema de los sectores avanzados en Perú o Bolivia; sin embargo, la "dispersión" no puede resolverse por una *integración vacía de contenidos esenciales* como son los que separan en Chile a socialistas de comunistas; los que están bien distantes de ser "discrepancias" o "matices".

El hecho de haberse logrado acuerdos programáticos en más de una ocasión, no puede ocultar las concepciones bien diferenciadas en los planos de la teoría, la ideología y la política:

No es lo mismo asumir el marxismo como "*método*" de interpretación de la realidad, *enriquecido y rectificado* por todos los aportes científicos del constante devenir social, que definirse en el marxismo-leninismo,



Jorge Inzunza: "no hay dos vanguardias..."

concebido como una teoría acabada, totalizadora, y sujeta a interpretaciones oficiales y a calificativos tan categóricos como "toda poderosa teoría científica del proletariado".

"No es lo mismo definirse como "un partido de trabajadores manuales e intelectuales", que "el partido de la clase obrera" o como "la vanguardia del proletariado".²¹

No es lo mismo procurar el objetivo de construir una "*república democrática de trabajadores*", que propiciar la *dictadura del proletariado*.

No es lo mismo reconocer a los trabajadores amplios derechos participativos y autogestionarios, incluido el *derecho de huelga*, que someterlos a subordinación burocrática, a ser asalariados del Estado contra el que no es posible la huelga contra las injusticias y la corrupción.

No es lo mismo reconocer el *pluralismo como conquista irrenunciable de la civilización que como táctica donde no se tiene el poder, mientras se niega donde se ha conquistado*.²²

No es lo mismo la *autonomía internacional* y el consiguiente rechazo a la política de bloques que la dependencia ideológica y el reconocimiento de un centro rector del proceso revolucionario mundial.

Tal vez porque estas diferencias y tantas otras, sean demasiado evidentes, que la propuesta sobre fusión hacia la vanguardia única no ha tenido la menor respuesta del principal destinatario.²³

Es útil recordar que en 1943, la fusión PS-PC estuvo en las preocupaciones de la dirigencia de ambos partidos.

Por otra parte, el PC está lejos de reconocer al PS una presunta igualdad en la representación de clase y en el rol dirigente que se arroga como *la vanguardia* de la Revolución Chilena. Al respecto léase y medítese sobre el siguiente texto: "Nosotros comunistas ejercimos nuestro rol de vanguardia a través de acuerdos o en la búsqueda de acuerdos con el *Partido Socialista*, en lo que llamábamos la dirección compartida. Esto, atendiendo a su influencia en la clase obrera. De aquí no se deriva la existencia de *dos vanguardias*. No significa tampoco, o no debe significar, la renuncia a la aplicación de nuestra política independiente. En esto debe haber confusión pero tampoco debemos adoptar ninguna actividad sectaria que nos lleve a pregonar a cada *paso nuestro rol de vanguardia*".²⁴

De claridad, claridad absoluta, cruda realidad que deberían tener en cuenta quienes insisten en considerar la unidad socialista-comunista como la viga maestra de la izquierda. Sería útil para quienes así piensan estudiar las experiencias vividas por los socialistas en Europa Oriental cuyo destino final fue la capitulación, la cárcel o el destierro o en otras experiencias donde la "fusión revolucionaria" terminó con el monopolio del poder por los "más firmes y consecuentes", aunque no hayan sido actores de la primera hora.

Por otra parte, en Chile la concepción de la "unidad" ha sido bien graficada en el conocido "viaje a Puerto Montt" que se ofrece a los aliados que podrán irse bajando en las estaciones intermedias según sea su "decisión revolucionaria". No se necesita ninguna mala intención ni prejuicio para sospechar que un partido como el socialista en el que militan obreros "a veces menos desarrollados políticamente" que hacen "su aprendizaje revolucionario sin llegar de inmediato a las posiciones comunistas" y en el que predominan "capas intermedias que descubren el socialismo"; tenga serias dificultades para llegar hasta Puerto Montt y que, en el hipotético caso que hiciera méritos para llegar a esa terminal deberá reconocer la categórica sentencia: *no hay dos vanguardias...*

En carta a Carlos Contreras Labarca, Secretario General del *Partido Comunista*, Salvador Allende, Secretario General del *Partido Socialista*, (1-XII-1943),²⁵ señalaba que:

"La reciente disolución de la III Internacional que, al liberar al Partido Comunista chileno de una tutela que lo había hecho preocuparse básicamente del problema internacional, desde el punto de vista exclusivista y absorbente de la URSS, olvidando a veces, los intereses del movimiento obrero chileno- lo coloca en la posibilidad de integrar esta nueva organización con la independencia y el sentido nacional de otros partidos. Fue así que se acordó aceptar la concepción teórica de formar un Partido nuevo, admitiendo, sí, que este proceso de unificación debía ser la culminación de una etapa de madurez política. Dispuso entonces que el Comité Central del Partido Socialista planteara al Partido Comunista las bases de un entendimiento común, como etapa previa, y considerando para ello, *las diver-*

gencias de orden doctrinario y táctico que habían evidenciado ambos, desde la fundación del Partido Socialista.

"Ha pasado ya algún tiempo, a partir de la realización de nuestro Congreso, y, a pesar de los contactos mantenidos, día a día se acentúa más *la conveniencia de dilucidar por escrito, con precisión y claridad, cuáles son los puntos divergentes y convergentes que ambos Partidos tenemos sobre estas materias.* Innecesario me parece, recalcarle que el imperativo de la hora y los intereses vitales de los sectores trabajadores, nos impulsan a asumir una definitiva actitud en el estudio, análisis y resolución de estos problemas".²⁶

Es decir, la perspectiva de integración no fue rechazada por un presunto anti-comunismo estratégico, sino por divergencias surgidas desde la propia fundación del *Partido Socialista*.

Luego de describir los grandes cambios que se están produciendo en el mundo, afirma la necesidad de unificar las fuerzas de "los trabajadores manuales e intelectuales", bajo la inspiración del "socialismo científico, *enriquecido y renovado* por la experiencia histórica contemporánea", en función de una política auténticamente chilena, asentada sobre nuestra realidad nacional y con preocupación fundamental por la unidad política y económica de los pueblos latinoamericanos, creemos que puede construir, al proyectarse en acción política y económica de los pueblos latinoamericanos, creemos que puede constituir, al proyectarse en acción política, la herramienta indispensable para forjar días mejores para Chile y para los sectores populares".

Esa acción política, subrayó, en un mundo que se jugó contra el totalitarismo, planteaba para los socialistas, "*la necesidad de poder realizar el socialismo en un ambiente de libertad; es decir, que socialismo y libertad para nosotros, son dos conceptos que marchan paralelos y que garantizan ambos, el pleno ejercicio de los derechos establecidos en una verdadera democracia*".

Sobre estas bases, Allende expuso luego temas de discusión y modalidades de acción; no sacrificó en aras de la eficacia de un *comando único* las razones de existir del socialismo chileno.

En 1962, se produjo un debate público ahora entre los Secretarios Generales, Raúl Ampuero (PS) y Luis Corvalán (PC), en la que nuevamente se evidenciaron las históricas diferencias que explican por qué en Chile existen ambos partidos y porque su fusión es inconcebible sin un acuerdo categórico sobre el carácter democrático y libertario del socialismo que proponga para Chile, y la definición no alineada en el concierto internacional.

Esta defensa de lo que somos, del socialismo autónomo y libertario, que tan bien postuló Salvador Allende no excluye, claro debe quedar, las concertaciones necesarias para fortalecer las posiciones de los trabajadores y la discusión civilizada en torno a un proyecto socialista para Chile.

Frente a su obra revolucionaria, de proyecciones históricas, es hoy perfectamente legítimo y más aún, necesario, asociar la identidad socialista con su

nombre por cuanto las grandes tareas del socialismo chileno en la actualidad tienen que ver con una categórica definición democrática, y la afirmación de una inconfundible identidad teórica, ideológica y política y una diáfana postura internacional no alineada.

Por su ideología, su política, la fuerza moral de su vida y supremo sacrificio, el socialismo chileno se identifica hoy con el allendismo, poderosa corriente que se va configurando hacia la construcción de una fuerza socialista que integre a marxistas, cristianos, nacionalistas, con resuelta voluntad de conquistar, por su autoridad intelectual y moral, su inserción en la historia nacional, su vasta convocatoria social, su generosa entrega a las luchas populares, *la hegemonía en la izquierda* y de concertar un amplio y sincero entendimiento con todas las fuerzas interesadas en una reconstrucción nacional orientada hacia la profundización de la democracia y la justicia social.

NOTAS:

1 Discurso en acto conmemorativo del 38 aniversario del PSCH. 1971.

2 Véase Allende, Salvador, *La vía chilena al socialismo*, Archivo Salvador Allende, No. 7, México, 1987.

3 *Ercilla*, No. 1,833, Santiago, 5-VIII-1970.

4 *Ercilla*, *ob.cit.*

5 *Stampa*, Torino, 5-XI-1970.

6 Conferencia de prensa en Salta, 1971.

7 Testimonio de Patricio Alwin, *Ercilla*, Santiago, 6-12-IV-1977, p. 28.

8 Véase informe de Luis Corvalán al Pleno de agosto de 1977 del C.C. del Partido Comunista de Chile. Ed. Colo-Colo, 1978, pp. 40-41.

9 *Momento*, No. 199, Caracas, 6 de mayo, 1960.

10 Senado de la República, 6-V-1964.

11 Discurso en el teatro Caupolicán, Santiago, 23-III-1984.

12 El PS proclama el 25 de octubre como fecha de reconquista, 1943.

13 Por una República Democrática de Trabajadores, 1947.

14 Senado de la República, 22-VII-1965.

15 Entrevista de Canal 9-TV, Universidad de Chile. Santiago, 31-VII-1964. *Arauco*, No. 55, Santiago, agosto, 1964, p. 92.

16 Senado de la República, 4 de diciembre de 1956.

17 Senado de la República.

18 Senado de la República, 21-VIII-1968.

19 Marx y Engels, cit. por Eduard Kardelj, *El socialismo y la guerra*, PLA, Santiago, 1960, p. 69.

20 Véase Claudin, Fernando, *La crisis del movimiento comunista. De la Kominter al Kominform*, Ruedo Ibérico, Francia, 1970. Dubcek, Alexander, *La vía checoslovaca al socialismo*, Ariel, Barcelona, 1968. Cobl, Eugen, *La revolución rehabilita a sus hijos*, Península, Barcelona, 1969. Fejo, Francois, *Historia de las democracias populares*, Martínez Roca, Barcelona, 1971, 2 Vol.

21 Entrevista, TV, Canal 9, Universidad de Chile, Santiago, 31-VIII-1964. *Arauco*, No. 55, Santiago, VIII-1964, 102 p.

22 Inzunza, Jorge, *El pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile*, Ediciones Colo-Colo, 1978, pp. 193-198.

23 Véase, Jobet, Julio César, *Socialismo y comunismo*, Espartaco, Santiago, 1952.

24 Véase: Almeyda, Clodomiro, "Reflexiones sobre el proceso de constitución de la vanguardias en la Revolución Latinoamericana", *América Latina*, No. 7, Instituto de América Latina de Ciencias, URSS, Moscú, VII-1983, pp. 9-16.

25 Inzunza, Jorge, *ob. cit.*

26 Véase: Witker, Alejandro, *Historia Documental del Partido Socialista de Chile*

